

acontecimientos

3-IX-933

3 noviembre 1933

no en la luna

11-24



la santa con almita de luciérnaga

Los acontecimientos: la reedición en la "Revista de Occidente", en un solo volumen, de los tres primeros tomos de "El Espectador", de José Ortega y Gasset, y la reedición en Espasa-Calpe, y en un solo volumen también, de cuatro obras de D. Miguel de Unamuno: "San Manuel Bueno, mártir", "La novela de Don Sandalio, jugador de ajedrez", "Un pobre hombre rico, o El sentimiento cómico de la vida" y "Una historia de amor". Del prólogo, en que el rector razona sus creaciones, queremos transcribir el pasaje final, que versa sobre Santa Liduvina. Dice así:

Había cerrado en intención este prólogo, dándole ya por concluido, cuando he aquí que del mal ordenado acervo de mis publicaciones periódicas, de mi archivo de escritos impresos, saca uno de mis familiares una novelita que tenía yo ya olvidada, y es la que, con el título de "Una historia de amor", apareció en el número del 22 de diciembre de 1911—hacé ya cerca de veintidós años—de "El Cuento Semanal".

Tan olvidada la tenía, que al reaparecer apenas recordaba sino alguno de los grabados que la ilustraban—como se dice—y el nombre de la heroína: Liduvina. Y no he querido volver a leerla. ¿Para qué? Aunque diciendo, eso sí, que se agregue a las otras tres y forme con ellas este cuarteto de novelas cortas. Prefiero darla así a la prensa, sin revisarla, sin releerla, no sea que me dé por comentarla al cabo de más de veinte años. Y váyase a la prensa. Y ni siquiera he de corregir las pruebas.

Sólo hay un al parecer detalle, que no debo dejar pasar sin comentario, y es la selección que hice del nombre de la heroína de esa historia de amor que escribí a mis cuarenta y siete años, nombre que es lo que de ella recordaba: Liduvina.

¿Liduvina! ¿Por qué me ha perseguido ese nombre, ya que a otra de mis figuras femeninas, a una de "Niebla", le di el mismo? Y conste que no recuerdo a ninguna mujer que llevara ese nombre, y eso que no es tan raro en la región salmantina.

Hay desde luego un motivo lingüístico, y es que de Liduvina han hecho Ludivina, y luego, por lo que se llama etimología popular, Luzdivina. Pero ¿es que no hay una íntima relación, claro que inconsciente para el pueblo, entre Liduvina y Luzdivina?

El nombre de Liduvina viene de Santa Lidwine de Schiedam, aquella monjita holandesa, cuya vida narró uno de los últimos Huysmans, pues que se prestaba a ciertas truculencias místicas—o mejor ascéticas—del converso literario. Aquella santita que vivió sufriendo en su macerado cuerpillo, que pedía al Señor que le trasladara todos aquellos sufrimientos corporales que no pu-

diesen soportar otros fieles sin sentirse arrastrados a la desesperación o acaso a la blasfemia. Y cuando la pobrecita se vió en trance de muerte, pidió que su carne se derritiera en grasa con que se alimentara la lámpara del santuario del Santísimo. Pidió derretirse de amor.

En uno de mis escritos periódicos le llamé a la santita holandesa almita de luciérnaga. De luciérnaga, y no de estrella. Es en el cielo espiritual no una estrella, sino una luciérnaga. Y es que la lumbrecita de la luciérnaga es luz más divina que la del sol y la de cualquier estrella. Pues en ser viviente como es la luciérnaga, creemos que su lucecita, perdida entre hierba, sirve al amor, al tiro de la pareja, tiene un para qué vital, mientras que la del sol... Y si se nos dijere que esto es finalismo, teleología, diremos que la teleología es teología, que Dios no es un porqué, sino un para qué.

Cuenta la Biblia que cuando el profeta Elías, yendo por el desierto, se metió en una cueva del monte Horeb, se le llegó Jehová; pero no en el huracán que rompía los peñascos, ni en el terremoto que se le siguió, ni en el fuego, sino en un "susurro apacible y delicado". Y así, Dios se nos revela mejor en la lucecita de la luciérnaga que no en la lumbrera ennegadora del sol. El corazón tiene también su luz—me lo dice el lector ese desconocido—, que sube a las niñas de los ojos, y éstos miran para ver y no para no ver—"invidere"—, no para envidiar, no para des-ver, no para acojar o hacer mal de ojo. Y hay quien al mirar así ilumina lo que mira, y lo admira. Por su parte—lector mío desconocido—, el ardor del seso se va a las manos y a los dedos de éstas y a las yemas de los dedos. Y es lo que llaman la acción, para diferenciarla de la contemplación.

* * *

Como no he releído "Una historia de amor", no recuerdo si la monjita de aquella novela tiene algo de la santita holandesa, de aquella alma de luciérnaga que pedía derretirse de amor en la lámpara del santuario dando luz divina. Quédense mi Liduvina de hace veintidós años como la engendré entonces.

Y ahora, basta ya de prólogo, que si me dejo llevar de él voy a dar en lo más peligroso, cual es ponerme a comentar los sucesos—que no hechos—políticos y sociales de esta España de 1933. ¡Atrás, atrás! Esta sería otra novela: la novela de un prólogo que se parecería a mi "Cómo se hace una novela", el más entrafado y dolorido relato que me haya brotado del hondón del alma y que escribí en aquellos días de mi París en 1925.

Adiós, pues, lector.

Miguel DE UNAMUNO



VNIVERSIDAD DE SALAMANCA

GREDO.USAL.ES